

Estilo y política en la escritura antropológica

Eduardo Restrepo¹

Hace unas cuantas semanas, al ser invitado a un curso de antropología en la Universidad de Antioquia, uno de los estudiantes me preguntó para quién escribía. En un cuestionamiento a ciertas modalidades de escritura de difícil comprensión para los lectores no especializados, afirmaba que escrituras como la de Alfredo Molano tenían la posibilidad de que muchas personas la entendieran haciendo su escritura política y socialmente relevante. Su argumentación se podía sintetizar de la siguiente manera: “Todos deberíamos escribir así, debemos escribir para la gente. Al escribir solo para los otros académicos carecemos de sensibilidad política convirtiendo lo que hacemos en histórica y socialmente irrelevante”.

Esta preocupación en torno a la escritura se refiere a la relación entre estilo y política. Me gustaría abordar en este breve texto tal preocupación para el caso de la escritura antropológica. Parto de unas precisiones sobre la escritura antropológica, para luego argumentar que no podemos limitar la relevancia política de un escrito al mero hecho de que su estilo sea claro y dirigido al público en general. Por supuesto, con esto no pretendo desconocer lo relevante de este estilo de escritura, sino complejizar la idea de lo político indicando que existen múltiples terrenos y disputas.

Sobre la escritura antropológica

La escritura es parte vital de la práctica antropológica. La labor antropológica no es solo escritura, por supuesto; pero a menudo la escritura es un componente importante de lo que hacemos. Como antropólogos solemos escribir en diferentes escenarios, a distintos ritmos y para diversas audiencias. La escritura de un informe para una entidad gubernamental no es lo mismo que la de un artículo para una revista académica de antropología. No es equiparable la escritura dirigida a un grupo especializado de colegas que para los diversos públicos sin formación antropológica. De ahí que la escritura siempre tiene

¹ Profesor asociado. Departamento de Estudios Culturales. Universidad Javeriana.

un destinatario, un para quién se escribe. Este lector-destinatario que se tiene en mente mientras se escribe marca fuertemente el tono y el lenguaje de la práctica escritural.

Además de los lectores-destinatarios (del para quién), la escritura antropológica es marcada por su *para qué*. Las razones por las cuales se escribe varían significativamente: escribir una tesis para graduarse no es lo mismo que escribir una tesis para intervenir en una discusión política; escribir un artículo pensando que se está contribuyendo a la acumulación del conocimiento antropológico para la humanidad o para acumular puntos en el currículo personal, no es lo mismo que escribir ese artículo teniendo en mente una disputa concreta. Este para qué que marca las prácticas escriturales específicas de los antropólogos son la punta del iceberg de la dimensión política de la escritura. En tanto siempre hay un para qué de la escritura, ésta no deja de suponer unos compromisos y apuestas. De ahí que la escritura nunca está al margen de la política, ni siquiera en esas modalidades más objetivistas y supuestamente neutrales derivadas de nociones positivistas de la labor científica.

Además de este para quienes y del para qué, la escritura antropológica implica un lugar desde donde se produce. Este lugar supone tanto el quién escribe (el locus de enunciación) como desde el entramado institucional en el que escribe (inscripción institucional). Este lugar de la escritura es fundamental en la definición del para quiénes y del para qué de la escritura antropológica. En conjunto, estos tres aspectos hacen que la escritura antropológica sea siempre situada. Esta necesaria situacionalidad hace que para comprender un escrito antropológico no solo haya que tomar en consideración qué dice (su contenido), sino desde dónde ha sido producido, para quienes y para qué.

Puede decirse que esta situacionalidad no es exclusiva de la escritura antropológica, sino que es una característica de diferentes tipos de escritura. Lo específicamente antropológico tiene que ver con los contenidos, sin duda; pero también con el talante. Se refiere a los contenidos, ya que hay unos contenidos que son considerados como antropológicos mientras que otros no son concebidos como tales. Lo que en un momento dado aparece como antropológico es el resultado de ciertas concepciones que se sedimentan como el sentido común disciplinario en un momento dado, para ciertas comunidades de antropólogos y bajo determinadas relaciones institucionalizadas. Aunque

cambia con el tiempo y es objeto de disputas, lo antropológico no es cualquier cosa. De ahí que se puede afirmar que existe un condicionamiento disciplinar en la escritura antropológica. Con el talante no me refiero tanto a qué se dice sino a la manera como se dice. Al igual que el contenido, el talante de la escritura antropológica es también disciplinariamente establecido. Independientemente de que nos guste o no, si se espera estar dentro de la antropología hay ciertos constreñimientos disciplinarios que no se pueden soslayar, ya sea para reproducirlos o para disputarlos.

Estilos escriturales y las disputas políticas

Con estos elementos en mente, quisiera retomar la discusión sobre el estilo de escritura y la pertinencia política de un texto. Un estilo transparente y claro dirigido al público en general, sobre todo si se le agrega una dimensión crítica sobre ciertas certezas o de denuncia de cuestiones que han sido veladas, se le otorga gran importancia social y política. El sociólogo Alfredo Molano es el ejemplo indicado por el estudiante. En antropología, Nina S. de Friedemann también tiene una serie de escritos con una sensibilidad parecida por trascender el gremio de los antropólogos pensando en un público mucho más general. Estoy en total acuerdo con lo valioso de este estilo de escritura, una que pueda circular en periódicos, en revistas no académicas y en libros que no se limiten a los colegas. Veo su relevancia social y política, aunque de esto no supongo que esta es la única manera en que debemos escribir los antropólogos ni que, necesariamente, sea políticamente más relevante que esos estilos escriturales que tienen como destinatarios principales a los colegas o a otra serie de expertos.

Aunque este estilo escritural abierto al público general es un horizonte hacia el cual deberíamos dirigir mucho más nuestros esfuerzos, es un hecho que la antropología se ha consolidado como un discurso y práctica de expertos con todos los efectos de verdad que esto supone. Así, en las disputas políticas que nos convocan no se puede desconocer el lugar del discurso antropológico experto y sus articulaciones con tecnologías de gobierno específicas. Si la intencionalidad es la transformación social, uno no puede ‘darse el lujo’ de abandonarle a la derecha y a las posiciones conservadoras el terreno de los conocimientos expertos, donde se sedimentan imaginarios. La antropología, por tanto, es un terreno donde se dan disputas políticas por establecer las formas adecuadas de concebir el mundo social. Es la lucha por el poder

simbólico, en palabras de Bourdieu, lo que está en juego.

En este sentido, si la intencionalidad es política, hay que reconocer que la antropología como tal es uno de los tantos terrenos en los cuales las disputas deben establecerse. Y como las ‘autoridades’ en el campo disciplinar suelen ser conservadoras, las luchas por des-autorizar sus posiciones pasa por socavar los imaginarios y oropeles desde los cuales ejercen un efecto de verdad en el campo. De ahí que, ciertas luchas deban darse en lenguajes y desde estilos escriturales altamente especializados. En determinados momentos, entonces, el estilo academicista de la escritura no es un indicio de que haya un desentendimiento de lo político, sino que puede precisamente un indicador de intervenciones políticas en el terreno del establecimiento académico. La disruptión de ciertas autoridades y posiciones se hace particularmente posible cuando se les socava desde sus criterios de autoridad. Los efectos desestabilizantes más poderosos son aquellos resultantes de la implosión de los soportes de autoridad desde adentro y en sus términos.

Obviamente, no quiero argumentar que el estilo críptico academicista, orientado a los colegas, tenga siempre estas pretensiones de orden político. Muchas veces es simple expresión de la incapacidad del autor o de su frivolidad narcisista. Tampoco quiero argumentar que las luchas en el terreno del establecimiento académico son más importantes que las que se pueden dar por fuera de éste y en otros escenarios. Simplemente quiero llamar la atención que no es tan fácil descartar un texto por el estilo de su escritura ni, mucho menos, derivar de allí su posición y efectos políticos.